

LO POLÍTICO EN LA CONTEMPORANEIDAD: APROXIMACIONES DESDE LA PSICOPOLÍTICA DE BYUNG-CHUL HAN

THE POLITICAL IN CONTEMPORANEITY: APPROACHES FROM THE PSYCHOPOLITICS OF
BYUNG-CHUL HAN

Santiago Andrés Ullauri Betancourt *

Anthony Medina Rivas Plata **

Andrea Vanessa Cáceres Silva ***

Resumen: La noción de lo político en la era contemporánea ha desarrollado un nuevo paradigma caracterizado por el individualismo estructurado bajo el control psíquico y la auto explotación. En este contexto, Byung-Chul Han

* Doctor (c) en Ciencias Políticas de la Universidad Austral, (Argentina). Vicepresidente de Proyectos Académicos para América Latina de la International Association for Political Science Students (IAPSS). Director de Vinculación y Publicaciones del Centro Interdisciplinario en Ética, Política y Economía. Profesor Investigador del Instituto para el Desarrollo de la Cultura y Sociedad de la Universidad Hemisferios. ORCID ID: 0000-0003-0858-3178. santiagou@uhemisferios.edu.ec

** Doctor (c) en Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Vicepresidente para América Latina de la International Association for Political Science Students (IAPSS). Presidente del Instituto de Estudios Políticos Andinos (IEPA) y miembro titular de la Sociedad Peruana de Derecho Internacional (SPDI). Profesor Investigador en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Perú) y Ex Director de la Escuela de Ciencia Política y Gobierno de la Universidad Católica Santa María. ORCID ID: 0000-0002-5118-5477. amedinar@unmsm.edu.pe

*** Socióloga con mención en Ciencias políticas, Máster en Relaciones Internacionales con especialización en negociación y resolución de conflictos. Diplomada Superior en proyectos sociales. ORCID ID: 0009-0008-4347-6312. andrecacs17@outlook.com

sostiene que, bajo el sistema neoliberal, el poder ya no opera mediante la disciplina física o la coerción externa, sino a través de la manipulación psicológica. El individuo es transformado en un "emprendedor de sí mismo", reduciendo la negatividad a un marco estrictamente inerte, lo que conduce a una forma más sutil de dominación en la que el individuo internaliza la lógica del rendimiento y la optimización constante. De esta manera, la psicopolítica actúa silenciosamente sobre la mente y las emociones, fomentando una auto explotación en la que el éxito personal y la productividad se convierten en imperativos. Para Han, esta lógica no solo despolitiza al individuo, sino que también elimina su capacidad de resistencia, donde el conflicto, que en las teorías clásicas de lo político es esencial, desaparece en favor de una sociedad que fomenta la competencia individual y la vigilancia digital. Ante esto, Han explora la necesidad de reconstruir lo político, buscando espacios que revitalicen la acción política a través de un cuestionamiento crítico.

Palabras clave: Psicopolítica, Neoliberalismo, Autoexplotación, Byung-Chul Han, Despolitización.

***Abstract:** The notion of the political in the contemporary era has developed a new paradigm characterized by structured individualism under psychic control and self-exploitation. In this context, Byung-Chul Han argues that, under the neoliberal system, power no longer operates through physical discipline or external coercion, but through psychological manipulation. The individual is transformed into an "entrepreneur of the self," reducing negativity to a strictly inert framework, leading to a more subtle form of domination in which the individual internalizes the logic of performance and constant optimization. In this way, psychopolitics acts silently on the mind and emotions, fostering a self-exploitation in which personal success and productivity become imperatives. For Han, this logic not only depoliticizes the individual, but also eliminates his or her capacity for resistance, where conflict, which in classical theories of the political is essential, disappears in favor of a society that fosters individual competition and digital surveillance. In the face of this, Han explores the need to reconstruct the*

political, seeking spaces that revitalize political action through critical questioning.

Key Words: *Psychopolitics, Neoliberalism, Self-Exploitation, Byung-Chul Han, Depoliticization.*

Summary. *I. Introducción. II. Metodología. III. Del biopoder a la psicopolítica. IV. El sujeto neoliberal como emprendedor de sí. V. Hacia la reconstrucción de lo político. VI. Conclusiones. Referencias*

I. INTRODUCCIÓN

En las teorías clásicas de la filosofía política, el concepto de “lo político” se ha comprendido como el ámbito del conflicto; es decir, un espacio donde distintas voluntades colectivas se enfrentan por el poder o la definición del bien común. En ese sentido, autores canónicos como Schmitt (1991), por ejemplo, definieron este concepto con base en la distinción amigo-enemigo, enfatizando la inevitabilidad del antagonismo, mientras que otros, como Hannah Arendt, observaron en la acción concertada y el debate público la esencia de la política.

No obstante, en la contemporaneidad pareciera haberse desdibujado el significado de lo político debido a la era neoliberal, cuya lógica del mercado, el individualismo competitivo y la gobernanza tecnocrática alteraron los fundamentos del espacio político tradicional. Actualmente, se observan sociedades donde el ciudadano se asume como un agente económico y consumidor; asimismo, la deliberación colectiva y el conflicto ideológico ceden terreno frente a una aparente apatía, priorizando la administración técnica de los asuntos comunes.

Al respecto, diversos pensadores contemporáneos han analizado esta transformación. Por su parte, Han (2014a), filósofo coreano-alemán, desarrolló el concepto de psicopolítica con el fin de describir las nuevas técnicas de poder que operan mediante la psiquis en la sociedad neoliberal. De acuerdo con este autor (2014a), el ser humano ha transitado de sociedades disciplinarias –descritas por Michel Foucault como regímenes de biopoder centrados en la regulación del cuerpo y la población– a sociedades de control psicopolítico, en la cual la dominación se ejerce explotando la libertad psicológica del individuo (su voluntad, sus emociones y su autopercepción) mediante la coerción abierta.

En otras palabras, el poder actual actúa más “desde dentro” que “desde fuera” del sujeto, lo que torna difusa la frontera entre autonomía y sometimiento. En consecuencia, este presupuesto de Han ha generado un debate significativo en la filosofía política actual, al señalar que la noción misma de libertad y autonomía ciudadana se subvierte por formas de control invisibles, pero eficaces.

De conformidad con lo anterior, este artículo tuvo por objeto comprender cómo lo político en la contemporaneidad opera bajo estas nuevas condiciones. Por tal razón, se propuso una reflexión teórico-crítica que entrelaza perspectivas clásicas y actuales. De tal modo, se emplearon algunos fundamentos conceptuales de lo político en la tradición occidental –desde la polis griega hasta pensadores del siglo XX– con el fin de identificar elementos constantes, como la importancia de la comunidad, el conflicto, la deliberación y la libertad. Posteriormente, se contrastó este legado con los planteamientos de Han (2014a) sobre la psicopolítica,

examinando conceptos clave como el panóptico digital, el Big Data, la autoexplotación del sujeto y el capitalismo de la vigilancia.

A partir de allí, se analizaron las manifestaciones concretas de estas dinámicas; por ejemplo, la transformación del ciudadano en consumidor político, la erosión de la esfera pública, o la influencia de los algoritmos en la opinión pública y los procesos electorales. Finalmente, se exploran propuestas para repolitizar la sociedad contemporánea, recuperando el sentido del “nosotros” colectivo y la capacidad distanciarse a las lógicas dominantes. En síntesis, el objetivo consiste en sostener una reflexión filosófica rigurosa que arroje luz sobre el diagnóstico de la despolitización contemporánea y las posibles vías para su superación.

II. METODOLOGÍA

Este estudio empleó un enfoque cualitativo y de reflexión teórica, cimentado en la revisión bibliográfica crítica de textos filosóficos y sociopolíticos contemporáneos. Ahora bien, la investigación reviste un carácter ensayístico que no recurre a la indagación empírica directa, sino que analiza y entrelaza conceptos de diversos autores para interpretar las transformaciones de lo político en la actualidad. En términos metodológicos, se realizó una lectura analítica y comparativa de fuentes académicas relevantes. Por un lado, se tomó la obra de Han (2012-2014a), sobre todo *La sociedad del cansancio* y *Psicopolítica*, como piedra angular para comprender el planteamiento de la autoexplotación y el control psíquico en el neoliberalismo.

De manera paralela, se llevó a cabo una revisión de las contribuciones de Foucault sobre el biopoder y la gubernamentalidad neoliberal, las cuales proporcionan un marco histórico-conceptual para comprender la noción de psicopolítica. Adicionalmente, se incorporaron también las reflexiones de Brown (2016, 2019) en torno a la racionalidad neoliberal y sus efectos antidemocráticos, así como los planteamientos de Dardot y Laval (2013, 2017) respecto al surgimiento del sujeto entendido como “empresa de sí”.

Con el propósito de enriquecer el análisis crítico, estas aproximaciones se contrastaron con las perspectivas de Jacques Rancière y Chantal Mouffe, quienes destacan la importancia del disenso y el antagonismo en la política. Asimismo, se integraron las propuestas de Shoshana Zuboff sobre el capitalismo de vigilancia digital, así como nociones complementarias como la “razón cínica” de Sloterdijk (2003) y las ideas emancipadoras de Gorz (1991), entre otras.

La estrategia metodológica adoptada fue de carácter hermenéutico y argumentativo; mediante la interpretación de textos y teorías, se identificaron puntos de convergencia y tensión que permitieran una mejor comprensión del fenómeno de la despolitización contemporánea. Se puso especial énfasis en contextualizar las categorías teóricas (lo político, biopoder, psicopolítica, autoexplotación, entre otras) en el marco del actual entorno sociohistórico, caracterizado por el neoliberalismo global y la digitalización.

III. DEL BIOPODER A LA PSICOPOLÍTICA

El tránsito desde las sociedades disciplinarias clásicas hacia el régimen psicopolítico contemporáneo puede comprenderse, en una primera aproximación, a partir de la teoría del biopoder formulada por Foucault (1976). A partir del siglo XVIII, según este autor, el poder adopta una forma orientada a “hacer vivir” a las poblaciones, mediante la administración de la vida y la regulación de la conducta individual en múltiples esferas. Este biopoder se ejercía a través de dispositivos disciplinarios –como la escuela, la fábrica, el cuartel o la prisión–, los cuales vigilaban y entrenaban los cuerpos con el fin de volverlos dóciles y productivos (Foucault, 1975).

Por otro lado, la metáfora del panóptico, tomada de Bentham y reelaborada por Foucault en *Vigilar y castigar* (1975), ilustra cómo el poder disciplinario se interiorizaba parcialmente: al saberse potencialmente observado en todo momento, el individuo ajustaba su conducta de forma voluntaria. No obstante, dicho modelo aún se sustentaba en la existencia de una coerción externa claramente identificable –normas, castigos, vigilancia visible o instituciones concretas– encargada de corregir las desviaciones.

Ahora bien, con la consolidación del neoliberalismo hacia finales del siglo XX e inicios del XXI, diversos autores advierten una transformación en las técnicas de poder. Al respecto, Deleuze (1990) ya anunciaba el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control, caracterizadas por mecanismos de modulación continua que trascienden los límites de las instituciones cerradas. En esta misma línea, Byung-Chul Han profundizó en

la idea de un poder aún más sutil: la psicopolítica, es decir, una forma de control que se ejerce desde el interior de la psique del sujeto.

En consecuencia, en lugar de imponer resistencia, el poder neoliberal seduce, fomenta la autoexpresión y estimula la iniciativa individual, de tal modo que los sujetos, creyéndose libres, terminan actuando según los intereses del sistema sin necesidad de coacción directa (Han, 2014a). Como lo expresa el propio Han, en nuestra época “la libertad misma está produciendo coerción”: el imperativo ya no es obedecer una orden externa (“debes”), sino cumplir con el mandato interior de autooptimización (“puedes y debes poder”), lo cual transforma la aparente libertad en una nueva obligación subjetiva. En ese sentido, bajo la consigna optimista del “sí se puede”, el individuo se ve impulsado a rendir cada vez más, sin un límite definido, generando nuevas formas de compulsión y ansiedad.

La psicopolítica se sustenta, por tanto, en la explotación –y no en la negación– de la libertad. En sus cursos sobre neoliberalismo (*El nacimiento de la biopolítica, 1978-79*), Foucault (2007) ya había advertido que el neoliberalismo redefine al individuo como un sujeto empresarial, un emprendedor de sí mismo, cuya conducta es autogestionada según principios de mercado. Esta forma de gubernamentalidad neoliberal no opera mediante prohibiciones explícitas, sino que moldea las elecciones “libres” del sujeto, expandiendo el campo de su autonomía aparente para orientarlo hacia fines específicos (Foucault, 2007; Dardot y Laval, 2013). Por su parte, Byung-Chul Han retomó y profundizó esta noción: en el régimen neoliberal, el poder logra que el individuo se autodiscipline voluntariamente, al inculcarle la convicción de que es dueño absoluto de sí mismo y único responsable de

su destino. En consecuencia, se produce un desplazamiento desde la obediencia impuesta hacia una forma entusiasta de autoexplotación.

En síntesis, el paso del biopoder a la psicopolítica implica una inversión en el modo de dominación: se transita de la coerción externa a la dirección interna a través de la libertad. Mientras el biopoder disciplinario integraba y subordinaba a los individuos mediante reglamentos, vigilancia o controles institucionales, la psicopolítica neoliberal se presenta como una forma “inteligente” de poder (smart power, según Han), que incide sobre las decisiones individuales apelando al deseo y la motivación personales (Han, 2014a).

De acuerdo con este planteamiento, se advierte que el sujeto ya no se percibe oprimido desde el exterior; por el contrario, se asume como autor de sus propias acciones, incluso cuando estas reproducen las exigencias del sistema. Esto no implica la desaparición de la disciplina tradicional – instituciones como la escuela o la empresa persisten–, sino que sus lógicas se han interiorizado al punto de que la vigilancia vertical resulta cada vez menos necesaria: el individuo se autogestiona bajo las exigencias del rendimiento y la productividad.

En ese orden de ideas, lo político –entendido como el espacio de disputa visible de las relaciones de poder– queda desplazado, en tanto que el poder ya no se manifiesta mediante mandatos estatales o confrontaciones ideológicas explícitas, sino que se diluye en las prácticas cotidianas aparentemente autónomas de millones de sujetos (Brown, 2016). Esta forma de dominación plantea nuevos retos para la teoría política: ¿cómo identificar

y resistir un poder que se ejerce en nombre de la libertad y a través de la subjetividad misma del dominado?

IV. EL SUJETO NEOLIBERAL COMO EMPRENDEDOR DE SÍ

Una pieza central del paradigma psicopolítico es la figura del sujeto neoliberal, configurado como emprendedor de sí mismo. Bajo la lógica neoliberal, el individuo se concibe como una empresa en miniatura, un gestor de su propio “capital humano” que debe maximizar su rendimiento en todos los ámbitos de la vida (Dardot y Laval, 2013). Michel Foucault ya había descrito esta transformación subjetiva: el neoliberalismo, a diferencia del liberalismo clásico, no se limita a abogar por “menos Estado”, sino que procura extender la forma-mercado a todas las esferas de la existencia, produciendo sujetos que se relacionan consigo mismos como empresas (Foucault, 2007).

En sus palabras, “el homo œconomicus es un emprendedor de sí mismo” (Foucault, 2007, p. 291). Dardot y Laval (2013) retoman esta idea al mostrar cómo la nueva razón neoliberal impone la competencia y la lógica empresarial como norma universal de conducta. Cada individuo queda así “llamado a concebirse y conducirse como una empresa, una ‘empresa de sí mismo’” (p. 176), internalizando un ethos de autoevaluación constante, inversión en sí y responsabilización absoluta de sus éxitos o fracasos.

“Ser empresa de sí implica vivir enteramente en el riesgo y adoptar un estilo de vida empresarial” (Dardot y Laval, 2013, p. 179). Por lo tanto,

ya no basta con cumplir tareas o seguir reglas: el sujeto debe innovar, reinventarse y superarse continuamente para aumentar su “valor”. La vida entera se convierte en un proyecto económico: desde la formación educativa –concebida como inversión en capital humano– hasta las relaciones interpersonales (networking), la imagen en redes sociales (marca personal) o el cuidado del cuerpo (como “activo” estético-saludable) (Martínez & Maca, 2023; Presta, 2021). Al respecto, Brown (2016) describió esta racionalidad neoliberal como una que “entiende toda conducta como conducta económica, y todas las esferas de la existencia se enmarcan y miden en términos económicos... en los dominios que gobierna [la razón neoliberal], solo somos homo œconomicus, y lo somos en todas partes” (p. 108). En consecuencia, el valor del individuo ya no se mide por su ciudadanía, sus virtudes éticas o sus derechos inalienables, sino por su capacidad para rendir, competir y venderse a sí mismo.

Es importante mencionar que Han (2012) coincide con este diagnóstico: el sujeto contemporáneo es un sujeto de rendimiento, distinto del antiguo sujeto de obediencia. Donde antes se obedecían órdenes, ahora se persiguen logros. Este filósofo advierte que, bajo el discurso neoliberal, el individuo es motivado a “realizarse” y a convertirse en empresario de sí, pero dicha motivación encubre una nueva forma de coacción: la obligación de optimizarse constantemente. En tal sentido, cada persona deviene así en una suerte de gerente de su propia vida, obligado a planificar estratégicamente sus decisiones (educativas, laborales, afectivas, sanitarias) con el fin de maximizar beneficios. Esta dinámica genera lo que Han denomina una “soledad competitiva”: “como emprendedor de sí mismo, el

sujeto neoliberal no tiene capacidad para relaciones con otros que sean libres de propósito” (Han, 2014a). Incluso ámbitos que antes escapaban a la lógica instrumental –como la amistad o el ocio– son ahora colonizados por objetivos utilitarios: el networking productivo, el desarrollo personal rentable.

Además, Han señaló que la raíz etimológica común entre libertad y amistad en indoeuropeo (fri-) remite originalmente a una concepción de la libertad como posibilidad de estar entre amigos, es decir, de cultivar vínculos gratuitos. Sin embargo, en el régimen neoliberal, la libertad, entendida como autooptimización constante, termina por aislar profundamente al individuo, privándolo de toda intersubjetividad genuina.

De este modo, el sujeto emprendedor de sí tiende a percibir a los otros no como aliados o semejantes con quienes construir colectivamente, sino como competidores o medios para sus propios fines. Se afianza una subjetividad centrada en el yo, orientada permanentemente a la mejora individual, lo cual diluye las identidades compartidas y los vínculos solidarios (de clase, comunidad o nación). Este individuo autoempresarial se asume completamente responsable de su destino: tanto el éxito como el fracaso son leídos como asuntos estrictamente personales. Margaret Thatcher sintetizaba esta lógica al declarar: “la sociedad no existe, solo existen individuos”. En la práctica, esto legitima la retirada del apoyo público y debilita los lazos de solidaridad: si cada uno es su propia empresa, los problemas estructurales como el desempleo, la pobreza o la desigualdad se reinterpretan como deficiencias individuales; es decir, falta de esfuerzo, formación o espíritu emprendedor.

Al respecto, Brown (2019) observó que esta construcción del individuo como capital humano ha socavado los cimientos de la democracia, dado que los sujetos así formados carecen de la disposición para actuar como ciudadanos deliberantes comprometidos con el bien común. Por el contrario, “no tienen interés real en la política –en moldear activamente la comunidad– ... carecen de voluntad y de capacidad para la acción común” (p. 70). En síntesis, el sujeto neoliberal como emprendedor de sí representa una forma de subjetivación funcional al proyecto de poder del neoliberalismo. Al inculcar la autorresponsabilidad total y la competencia permanente, este modelo debilita los lazos cooperativos y elimina la noción de un destino compartido. Cada uno se convierte, simultáneamente, en explotador y explotado (como se analizará en la sección siguiente), juez y parte de sí mismo, asumiendo tareas que antes eran objeto de demandas colectivas (como el pleno empleo o la seguridad social), para transformarlas en asuntos privados (mejorar el currículum, reinventarse, adaptarse con flexibilidad). El costo de esta autoempresarialidad es una creciente vulnerabilidad individual y una despolitización estructural: si todos están ocupados en gestionar su propia “empresa”, ¿quién cuida del espacio común? ¿Cómo traducir los agravios y conflictos sociales en demandas políticas y no en fracasos individuales?

Autoexplotación y despolitización: Han (2012) caracterizó la sociedad neoliberal del rendimiento como una “sociedad del cansancio”, precisamente porque el sujeto emprendedor de sí se somete a una autoexplotación ilimitada. En contraste con la explotación clásica –en la que un amo o capitalista explota el trabajo de otro–, en el régimen neoliberal

cada individuo es simultáneamente amo y esclavo de sí mismo. Han resume esta condición de manera contundente: “Hoy cada uno es un trabajador que se explota a sí mismo en su propia empresa. Cada uno es amo y esclavo en una sola persona” (Han, 2014a, p. 17).

Esta autoexplotación, al presentarse bajo la apariencia de libre iniciativa, resulta incluso más eficaz que la explotación heterónoma, debido a que ya no cabe prácticamente ningún tipo de resistencia colectiva u organizada, puesto que el explotador ya no es externamente identificable – “soy yo mismo el que me exploto a mí mismo”– (Han, 2014a, pp. 17-18). En lugar de rebelarse contra un opresor externo, el sujeto dirige la agresión hacia sí cuando las cosas salen mal; se culpa por no esforzarse lo suficiente o por no estar “a la altura” de lo exigido.

Los síntomas psicosociales de esta autoexplotación son evidentes: burnout, depresión, ansiedad, fatiga crónica (Fernández, 2022). Han (2012) planteó que “nos explotamos voluntaria y apasionadamente creyendo que nos estamos realizando. Lo que nos agota no es una coerción externa, sino el imperativo interior de tener que rendir cada vez más”. La paradoja es cruel: el sujeto se cree libre y se entrega con entusiasmo a sus proyectos, pero ese mismo imperativo de maximización continua lo conduce al agotamiento físico y mental. La libertad, antes antítesis de la coerción, deviene ahora fuente de autocoerción: uno debe ser libre (es decir, exitoso, proactivo, positivo). Cualquier límite o “negatividad” (por ejemplo, decir ya no puedo más, o no deseo competir) se vive casi como una falla moral o una patología. De esta manera, la negatividad –entendida como la capacidad de negar, de resistir, de detenerse– es eliminada del horizonte social (Han,

2014a). En consecuencia, el sujeto neoliberal, siempre impulsado a poder más, pierde la experiencia saludable del límite y de la contradicción.

Como consecuencia, esta dinámica tiene profundas implicaciones políticas. En la sociedad disciplinaria anterior, la explotación podía generar conciencia de grupo (por ejemplo, la conciencia de clase proletaria) y, con ello, conflictividad política contra el explotador identificado (la burguesía, el Estado opresor). En cambio, la autoexplotación dispersa el conflicto hacia el interior de cada individuo. Como señala Han (2014a), “la explotación sin clases hace imposible la revolución social, que descansa en la distinción entre explotadores y explotados” (p. 18).

No se configura ningún “nosotros” político capaz de acción colectiva, pues cada uno libra una lucha interna individual por mejorar su rendimiento. Incluso cuando múltiples sujetos experimentan presiones similares –como la competencia laboral, la precariedad o el estrés–, tienen dificultades para percibir las como problemáticas sistémicas compartidas; en lugar de ello, las viven con vergüenza personal. Es decir, “quien fracasa en la sociedad neoliberal del rendimiento se hace a sí mismo responsable y se avergüenza, en lugar de poner en duda a la sociedad o al sistema. En esto consiste la especial inteligencia del régimen neoliberal” (Han, 2014a, p. 18). En ese sentido, el poder neoliberal logra desviar las energías de potencial contestación social hacia sentimientos individuales de culpa, insuficiencia o autoayuda. De tal modo, la despolitización es inherente a este proceso: el espacio público del disenso se vacía, dado que las quejas no se articulan de forma colectiva, sino que se interiorizan o se manifiestan como malestares

difusos —por ejemplo, un aumento de los trastornos depresivos en lugar de protestas organizadas.

Otra manifestación de esta despolitización es la transformación del ciudadano en un consumidor pasivo de la política. Sobre esto, Han (2014a) advirtió que, bajo el neoliberalismo, la participación constante se debilita:

El neoliberalismo convierte a los ciudadanos en consumidores. La libertad del ciudadano cede ante la pasividad del consumidor... Los votantes de hoy no poseen ni la voluntad ni la capacidad de participar en acciones políticas comunitarias; reaccionan solo pasivamente ante la política, quejándose y reclamando como lo haría un consumidor insatisfecho. (p. 63)

Esta descripción resuena, por ejemplo, en la forma en que muchas personas abordan los procesos electorales o las políticas públicas: como “clientes” que evalúan ofertas y expresan descontento, pero sin involucrarse en movimientos, deliberaciones o luchas sostenidas. Por lo tanto, la política se mercantiliza y espectaculariza, convirtiéndose en otro producto de consumo —un espectáculo mediático o un entretenimiento fugaz en redes sociales—, mientras la ciudadanía adopta con frecuencia una postura cínica o indiferente. Sloterdijk (1983/2003) ya describía esta actitud como el “cinismo ilustrado”, propia de individuos que, aun conociendo las injusticias del sistema, optan por una aceptación irónica que, en la práctica, los inmoviliza. Esta conciencia cínica resulta funcional al orden: la gente “sabe” que las cosas andan mal, pero no cree en la eficacia de la acción colectiva,

de modo que continúa en la rueda de la autoexplotación como única salida individual.

La consecuencia general es una sociedad de baja intensidad política. Por su parte, Rancière (1996) sostuvo que lo propio de la política es la irrupción de la disensión, el cuestionamiento del orden dado por parte de quienes no tienen parte. Sin embargo, en las democracias neoliberales “pospolíticas” predomina un consenso gestionado desde las élites, donde los conflictos profundos, especialmente los socioeconómicos, quedan fuera de discusión (Mouffe, 2007). La eliminación del conflicto, o su desplazamiento hacia disputas simuladas y superficiales, como las que proliferan en los medios, evidencia un vaciamiento de lo político en su sentido agonista.

Cuando los trabajadores no se reconocen como clase explotada, sino que se perciben como empresarios fracasados de sí mismos, desaparece la base subjetiva para la acción sindical o la protesta colectiva (Han, 2014a). De igual forma, al diluirse la idea de un bien común, reemplazada por una suma de estrategias individuales, falta el fundamento para proyectos políticos compartidos que trasciendan el mantenimiento del orden existente.

En este contexto, la despolitización se manifiesta también en la aceptación fatalista de la premisa “There is no alternative” (TINA) respecto del neoliberalismo global. Al respecto, Slavoj Žižek y otros teóricos han señalado que el verdadero triunfo ideológico del capitalismo contemporáneo radica en hacer impensable su alternativa: se toleran críticas parciales, pero la imaginación política colectiva está capturada por la convicción de que no hay otra forma viable de sociedad (Žižek, 2019; Fisher, 2014; Jameson,

1991; Harvey, 2007). Ahora bien, este fenómeno, que el filósofo Mark Fisher (2014) denominó realismo capitalista, está estrechamente ligado a la autoexplotación: cada individuo, por separado, intenta adaptarse lo mejor posible al sistema en vez de cuestionarlo, pues considera más “realista” transformarse a sí mismo que transformar las estructuras. El resultado es una suerte de pacificación de las sociedades democráticas occidentales, al menos en apariencia, donde cualquier tensión social tiende a absorberse por las vías del consumo, la psicologización o la criminalización, antes que canalizada políticamente.

En ese orden de ideas, la autoexplotación neoliberal produce sujetos exhaustos y aislados, lo que mina los fundamentos de la acción política colectiva. La “inteligencia” del poder neoliberal, como la denominó Han, radica en haber convertido la insatisfacción potencialmente subversiva en autocrítica improductiva, y el antagonismo social en competencia individual o en queja impotente. Como resultado, esto dibuja un panorama preocupante, dado que, si lo político requiere necesariamente del encuentro con el otro, del reconocimiento de agravios comunes y del enfrentamiento entre proyectos distintos de sociedad, la psicopolítica neoliberal, al atomizar a los individuos y desvitalizar el conflicto, supone una negación de lo político mismo.

No obstante, esta negación nunca puede ser completa ni definitiva, teniendo en cuenta que las tensiones reaparecen de otros modos, como en estallidos espontáneos de malestar (como se observó en las protestas globales de 2019), o en la atracción que ejercen ciertos discursos populistas que prometen devolver un sentido de comunidad combativa. Sin embargo,

antes de abordar las posibilidades de reconstruir lo político, conviene examinar otro elemento clave del orden actual que refuerza la autoexplotación y la despolitización: la vigilancia digital y el control psicopolítico a través de las nuevas tecnologías.

Vigilancia digital y control psico-político: el advenimiento de la era digital y la omnipresencia de las tecnologías de la información han potenciado las técnicas psicopolíticas de manera sin precedentes. Es decir, si la sociedad disciplinaria clásica tenía su figura paradigmática en el panóptico (esa torre central desde donde un vigilante podía observar sin ser visto, generando en los observados una autovigilancia constante), la sociedad neoliberal digital ha extendido el panóptico a cada bolsillo y cada hogar mediante los smartphones, Internet y las redes sociales.

Sin embargo, la dinámica actual va más allá de la mera vigilancia, dado que implica también la manipulación sutil de la atención, las preferencias y las decisiones de los individuos a través del Big Data y los algoritmos. Al respecto, Zuboff (2019/2020) denominó “capitalismo de la vigilancia” a este nuevo régimen económico, en el cual los datos sobre el comportamiento humano se convirtieron en el recurso más cotizado y en la base de nuevas formas de poder empresarial. En la práctica, el ser humano vive rodeado de dispositivos y plataformas que registran continuamente sus actividades, lo que busca, compra, a quién llama, qué sitios visita, qué le gusta o disgusta en redes sociales.

En efecto, toda esta información alimenta sistemas de machine learning que pueden predecir con notable precisión los rasgos de

personalidad, deseos, miedos y patrones de consumo. De esta manera, Han (2014a) señaló que el poder se ha vuelto “inteligente” en doble sentido: no solo es más sutil, sino que literalmente opera mediante tecnologías smart interconectadas. En lugar de la cámara de vigilancia visible o el policía represor, hoy se tienen aplicaciones móviles, asistentes virtuales y plataformas digitales que actúan como una suerte de “confesionario móvil” donde las personas se exponen voluntariamente (Han, 2015).

Como señala Han de manera metafórica, han desaparecido el cuarto de tortura orwelliano y la torre panóptica de la fábrica; “el smartphone es un confesionario móvil donde nos miran –porque nos exponemos– desde todos lados” (Han, 2015, p. 54). Por lo tanto, cada clic, cada like es a la vez una confesión y un consentimiento; es decir, se entregan datos íntimos a cambio de comodidades o entretenimiento (Colina, 2024).

En ese sentido, la psicopolítica digital funciona mediante la participación entusiasta del propio sujeto, como publicar fotos, comentar estados, dar “me gusta” y compartir la ubicación. Sobre esto, Han (2014a) sugirió que el botón de Like en las redes sociales es el “amén digital” con el que se asiente a un nuevo orden de dominación. Por ende, cada aprobación que se da no solo alimenta la necesidad de validación, sino que, en conjunto, construye un perfil que puede utilizarse para influir en el individuo.

Por ejemplo, los algoritmos de plataformas como Facebook, Google o TikTok explotan sesgos psicológicos profundos (sesgos de confirmación, disparadores emocionales) para capturar la atención y dirigir el comportamiento. De tal modo, se muestra una publicidad personalizada,

contenidos a la medida de las tendencias ideológicas y sociales, e incluso noticias seleccionadas para maximizar el engagement, todo lo cual crea burbujas informativas y puede modular la visión del mundo sin que el usuario se percate.

En el terreno político, esto abre la puerta a la micromanipulación de opiniones. Casos emblemáticos como el de Cambridge Analytica revelaron cómo datos de redes sociales se emplearon para orientar campañas electorales segmentadas, explotando miedos y prejuicios de grupos específicos de votantes. En ese sentido, la psicopolítica digital puede “empujar” decisiones políticas colectivas (como votos en referéndums o elecciones) de manera oculta, erosionando principios democráticos básicos como la deliberación informada y la autonomía del ciudadano.

Por su parte, Zuboff (2019/2020) introdujo el concepto de Big Other –en alusión al “Gran Hermano” orwelliano– con el objeto de describir este sistema omnisciente de vigilancia digital. Sin embargo, a diferencia del Gran Hermano que infundía temor, el Big Other del siglo XXI se presenta con un rostro amigable y seductor, dado que brinda servicios convenientes y hasta lúdicos, mientras en segundo plano extrae y analiza los datos personales. Este mismo autor (2020) resumió esta lógica al señalar que “el Big Other ya no amenaza: viene con un cappuccino” (p. 20), aludiendo a que las grandes corporaciones tecnológicas (Google, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft, etc.) atraen al individuo con “regalos” (buscadores gratuitos, redes para conectar con amigos, mapas, ofertas personalizadas) a cambio de integrarlo en sus ecosistemas de vigilancia. La metáfora del cappuccino enfatiza la

naturalidad con que las personas aceptan la vigilancia cuando se disfraza de comodidad cotidiana.

El efecto de la digitalización sobre lo político es complejo. Por un lado, la tecnología ha facilitado nuevas formas de participación y movilización (redes de activismo, difusión de información alternativa, coordinación de protestas vía redes sociales). Pero, por otro lado, el mismo entorno digital está altamente monopolizado y controlado por intereses corporativos y estatales que pueden encauzar o neutralizar esas energías. Por tal razón, Zuboff (2020) advirtió que, sin regulaciones democráticas, la arquitectura digital tiende a concentrar poder en unas pocas plataformas que actúan de facto como “señores feudales” de la información. En ese orden de ideas, los usuarios serían como siervos que, creyendo gozar de servicios gratuitos, en realidad trabajan produciendo datos explotables¹. De este modo, enormes conglomerados digitales adquieren una influencia política capaz de competir o incluso sobrepasar a la de muchos Estados nacionales (Álvarez, 2024). Adicionalmente, el escándalo de la injerencia de fake news y propaganda dirigida en procesos electorales recientes sugiere que la soberanía popular puede socavarse por estos mecanismos psicopolíticos digitales.

Asimismo, Han (2014b) ha desarrollado estas ideas en obras como *La sociedad de la transparencia* (2013) y *En el enjambre*. En estos textos,

¹ Se ha citado la metáfora del “siervo que ara el campo de datos mientras juega en su teléfono”

plantea que la aspiración contemporánea hacia una transparencia absoluta, aunque presentada como un valor democratizador, en realidad elimina la opacidad necesaria para la reflexión crítica y la conformación de voluntades autónomas. La exigencia de visibilidad total, cuantificación y exposición constante de la vida cotidiana –desde la contabilización de pasos diarios hasta la acumulación de “me gusta” – produce una forma de conformismo inconsciente. Al estar sometidas permanentemente al escrutinio público y al juicio inmediato en redes sociales, las personas tienden a homogeneizarse y a mostrar únicamente lo socialmente aceptable, evitando toda expresión de divergencia auténtica. Esto empobrece el ejercicio de lo político como espacio de debate de ideas y confrontación con la alteridad, ya que las cámaras de eco digitales refuerzan las opiniones y deseos preexistentes, dificultando el diálogo con perspectivas distintas. Como consecuencia, el demos se fragmenta en nichos sobreinformados que imposibilitan la construcción de un espacio público común basado en hechos y argumentos compartidos.

En relación con la autoexplotación, la digitalización ha contribuido a la disolución de la frontera entre el ámbito laboral y la vida personal. El teletrabajo y la conectividad permanente, acelerados durante la pandemia de COVID-19 (Han, 2022), han extendido la jornada laboral de manera difusa, generando la expectativa de disponibilidad constante. Esta situación refuerza el mandato de rendimiento continuo característico de la lógica neoliberal. Investigaciones preliminares indican que el trabajo remoto intensivo puede resultar más agotador que el presencial precisamente por la ausencia de límites claros (Sepúlveda, 2021). Se observa, nuevamente, cómo

una aparente libertad, como la autogestión del tiempo o la posibilidad de trabajar desde casa, puede derivar en mayores niveles de autoexplotación cuando no se establecen regulaciones ni se promueve una conciencia crítica.

En suma, la vigilancia digital y el control psicopolítico asociados configuran un nuevo tipo de despotismo suave. Este poder, como lo señala Han (2015), “nos mira desde todos lados porque nosotros mismos nos exponemos” (p. 55), y conduce a los individuos, mediante incentivos digitales, en las direcciones deseadas ya sea consumir más, votar en determinado sentido o simplemente permanecer pasivos. Esta situación plantea importantes desafíos para la política contemporánea. La defensa de la privacidad se convierte en una condición indispensable para la libertad (Zuboff, 2020); la alfabetización digital crítica se vuelve una tarea cívica urgente; y la disputa por el control democrático de las infraestructuras de información se perfila como una de las luchas políticas decisivas del siglo XXI. Así como en el pasado la pregunta central era quién controlaba los medios de producción, hoy resulta igualmente crucial determinar quién controla los medios de subjetivación digital.

V. HACIA LA RECONSTRUCCIÓN DE LO POLÍTICO

Frente al diagnóstico de una sociedad despolitizada por la psicopolítica neoliberal, surge la necesidad de explorar vías para reconstruir lo político. Es decir, de recuperar la capacidad de agencia colectiva, resistencia y creación de espacios comunes de deliberación y conflicto productivo. Por tal motivo, diversos autores han propuesto rutas posibles,

coincidiendo en la importancia de revalorizar tanto la negatividad como la comunalidad frente al aislamiento competitivo.

Asimismo, Han (2017), a pesar del tono pesimista de sus análisis, ha sugerido en obras recientes la necesidad de recuperar la otredad y la negatividad. En *La expulsión de lo distinto*, sostiene que la sociedad actual, saturada por la búsqueda de transparencia y optimización, expulsa aquello que es distinto, extraño o percibido como negativo. No obstante, es precisamente el encuentro con la diferencia y la posibilidad de decir “no” lo que permitiría abrir fisuras en el sistema dominante.

Esta capacidad de renegación podría expresarse en prácticas como el ocio no productivo, el silencio, la contemplación, o la defensa del derecho a desconectar. Acciones como “no consumir”, “no estar disponible” o “ralentizar el ritmo” adquieren así un carácter subversivo en un contexto que tiende a la aceleración y la mercantilización constantes. De manera complementaria, Han destaca también el valor de la experiencia estética, el juego y el eros –tema central en *La agonía del Eros* (2014) – como esferas que permiten el resurgimiento de la alteridad y el establecimiento de relaciones auténticas, en contraposición al narcisismo del sujeto neoliberal.

Por su parte, otras perspectivas filosóficas han puesto el énfasis en la necesidad de rearticular conscientemente el conflicto colectivo. Mouffe (2007) propone un enfoque agonista, que parte de la premisa de que el antagonismo es inherente a la condición humana y, por tanto, debe canalizarse democráticamente en lugar de reprimirse. A su juicio, la lógica consensual de la “pospolítica” neoliberal resulta peligrosa, ya que la

represión de las tensiones sociales puede dar lugar a su reaparición en formas extremas, como el nacionalismo xenófobo o el fundamentalismo. En este sentido, Mouffe aboga por la reconstrucción de lo político mediante el ofrecimiento de identidades y causas colectivas en las que las personas puedan reconocerse y comprometerse. Esto implica revitalizar el debate ideológico auténtico, restablecer divisiones políticas significativas –como la clásica distinción entre izquierda y derecha– y promover movimientos populares capaces de confrontar la hegemonía neoliberal.

Desde otra perspectiva, Rancière (1996) concibe la política como el acto de disenso: la irrupción en el orden consensual por parte de quienes se han excluido o invisibilizados. Según esta visión, la reconstrucción de lo político se producirá cuando los sujetos marginados por el neoliberalismo –precarios, endeudados, excluidos, sobreexigidos– logren reconocerse como parte de un “nosotros” con agravios comunes y se expresen colectivamente en el espacio público. Ejemplos recientes de esta dinámica pueden encontrarse en movimientos como los indignados del 15-M en España, Occupy Wall Street en Estados Unidos, o los estallidos sociales en América Latina. Estas manifestaciones revelan que, a pesar de los mecanismos de individualización, la dimensión política no desaparece por completo: subsisten necesidades de justicia y dignidad que, en determinadas circunstancias, cristalizan en protesta. Rancière sostiene que la democracia posee una potencia imprevisible, ya que siempre existe la posibilidad de que alguien irrumpa en el silencio y reabra la escena política.

En el plano económico y social, autores como Dardot y Laval (2017) proponen la construcción de lo común como alternativa al neoliberalismo.

Frente a una lógica centrada en la competencia individual, sugieren fomentar formas de cooperación y autogestión colectiva. Su propuesta de una “revolución del común” se traduce en prácticas concretas: cooperativas de trabajo, gestión comunitaria de recursos, presupuestos participativos, redes de economía solidaria, entre otras. Estas iniciativas buscan reorientar la actividad humana hacia la satisfacción de necesidades compartidas, en lugar de la maximización del lucro. Asimismo, promueven la emergencia de una subjetividad distinta: ciudadanos solidarios y corresponsables, en lugar de emprendedores atomizados. La expansión de lo común, si bien gradual, socava la tesis de que “no hay alternativa” y demuestra la viabilidad de otros principios –como la cooperación, la sustentabilidad y el reparto equitativo–. Además, la participación en proyectos colectivos permite recuperar habilidades políticas fundamentales –deliberación, toma de decisiones, resolución de conflictos–, así como un renovado sentido de pertenencia a una comunidad de destino.

En el ámbito digital, la reconstrucción de lo político implica la democratización de la tecnología y la defensa de la privacidad y la autonomía en línea. Zuboff (2020) aboga por una nueva regulación legal que prohíba la apropiación unilateral de datos personales y establezca límites éticos al uso de la inteligencia artificial con fines de influencia comportamental. Ello incluiría un marco de derechos digitales, como el derecho a la autodeterminación informativa, al cifrado y a la desconexión, así como la exigencia de transparencia algorítmica en las plataformas que median el discurso público. La lucha política en este terreno consiste en restituir el control de la información a la ciudadanía, lo cual se podría

concretar mediante el fomento de redes sociales descentralizadas y sin fines de lucro, o el fortalecimiento de medios de comunicación independientes que contrarresten la desinformación. De igual modo, resulta fundamental la educación digital crítica, orientada a capacitar a la población para comprender los mecanismos de persuasión en línea y, con ello, desarrollar resistencia cognitiva frente a la manipulación (Harcourt, 2015). Solo con usuarios conscientes podrá el espacio digital convertirse en una extensión de la esfera pública democrática, en lugar de mantenerse como un ámbito opaco dominado por intereses corporativos.

Otro eje relevante para la reactivación de lo político es el reequilibrio entre la vida y el trabajo. Gorz (1991), ya hacia finales del siglo XX, propuso la reducción drástica de la jornada laboral y la desvinculación de la existencia respecto del imperativo del empleo remunerado. Su planteamiento de un ingreso básico universal o de una asignación social que garantice la subsistencia con menor carga laboral apunta a liberar tiempo para la participación ciudadana, la actividad cultural y la vida comunitaria. En el contexto actual, caracterizado por jornadas de 50 a 60 horas semanales para algunos profesionales, mientras otros enfrentan el desempleo o el subempleo, medidas como la implementación de una semana laboral de cuatro días, el fortalecimiento de la seguridad social y la garantía de tiempo libre adquieren un potencial politizador. En ese orden de ideas, con más tiempo disponible y menor presión económica, los individuos tienden a involucrarse en asuntos públicos, informarse y organizarse. Además, estas políticas comunican un mensaje claro: la vida humana posee un valor intrínseco más allá de la productividad, lo cual permite recuperar la dignidad

del sujeto como ciudadano y ser social, no únicamente como recurso económico.

Asimismo, la crisis de bienestar subjetivo en las sociedades del rendimiento podría dar lugar a una toma de conciencia colectiva. El aumento de los problemas de salud mental asociados al estrés laboral y la soledad ha propiciado debates públicos sobre la necesidad de modificar los estilos de vida. Movimientos culturales como el de la “vida lenta” (slow life) o las críticas a la cultura del hustle (ajetreo constante) representan indicios de una resistencia incipiente frente al mandato de la autoexplotación. Cada vez más voces, incluso desde la psicología y la medicina, advierten que la competitividad perpetua resulta insostenible, tanto en términos humanos como ambientales. Esta toma de conciencia, si logra politizarse, puede derivar en demandas sociales concretas, como la oposición a la hiperexigencia escolar o la exigencia de regulación del derecho a la desconexión digital. En este sentido, el cuidado de la salud mental y emocional podría constituirse en una plataforma política, al reintroducir la pregunta fundamental sobre el sentido de las estructuras económicas: ¿están estas al servicio de la vida, o se sacrifica la vida en nombre de un sistema económico abstracto?

En conjunto, la reconstrucción de lo político en la contemporaneidad exige reabrir espacios de libertad colectiva allí donde el neoliberalismo ha impuesto una falsa libertad individual. Implica rescatar la idea de que existen asuntos comunes que no pueden resolverse únicamente mediante esfuerzos individuales, sino que requieren deliberación pública, confrontación de ideas y cooperación. Supone rehabilitar la legitimidad del “nosotros”, sin suprimir

la individualidad, sino integrándola en proyectos que trascienden el ego. Por lo tanto, desde las formas de resistencia cotidiana, como rechazar demandas laborales abusivas, desconectarse del entorno digital o participar en círculos de discusión, hasta la creación de nuevas instituciones (cooperativas, foros ciudadanos, marcos jurídicos globales para regular a las tecnológicas), cada acto que cuestione la lógica unidimensional de la psicopolítica contribuye a la reconstrucción de lo político. En palabras de Camus (2017), la rebelión auténtica comienza con un “no” que afirma un límite moral ante la opresión, y ese “no” puede constituir el germen de una nueva afirmación comunitaria.

Ahora bien, el análisis desarrollado integró múltiples perspectivas teóricas para arrojar luz sobre la condición de lo político bajo el neoliberalismo contemporáneo. Esta aproximación interdisciplinaria permitió comprender la sutileza con la que opera el poder actual y las dificultades, así como las posibilidades, de enfrentar sus efectos despolitizadores. A modo de discusión crítica, conviene articular las contribuciones de los distintos autores y evaluar su alcance.

En primer lugar, la psicopolítica de Byung-Chul Han ofrece un diagnóstico agudo de la subjetividad neoliberal autoexplotada. Su fortaleza reside en iluminar aquello que a simple vista pasa desapercibido: el carácter opresivo que subyace a ideales como la autonomía y el rendimiento personal, promovidos como universalmente deseables. Han logra nombrar la fatiga colectiva y señalar su causa estructural. Sin embargo, algunos críticos sostienen que su enfoque incurre en un cierto determinismo cultural, al presentar a los sujetos como víctimas inconscientes, sin destacar suficientemente las resistencias existentes.

Por ejemplo, Lavié (2017) planteó que una crítica a la psicopolítica debe también considerar los discursos contrahegemónicos y los sectores que se niegan a la autoexplotación. En el presente análisis, se complementó a Han con las perspectivas de Mouffe (2007), Rancière (1996) y Dardot y Laval (2017), quienes enfatizan la agencia colectiva latente. De tal modo, esta articulación permitió un panorama más equilibrado: aunque la autoexplotación es hegemónica, no ha anulado por completo la capacidad de actuar políticamente, sino que la ha reconfigurado de formas más difíciles de articular.

La noción de despolitización resulta clave en este debate. Brown (2016) sostiene que el neoliberalismo “silenciosamente está anulando elementos básicos de la democracia” –lenguajes, prácticas e incluso deseos democráticos–, transformando al ciudadano en un sujeto económico carente de voluntad política. Los hallazgos de este estudio coinciden con dicha tesis, al identificar cómo la sobrecarga de responsabilidad individual y la mercantilización de todas las relaciones socavan la imaginación colectiva necesaria para la acción política. No obstante, conviene preguntarse si la despolitización es absoluta. La historia revela dinámicas pendulares, lo que se refleja en periodos de apatía seguidos de irrupciones de compromiso. La propia Brown (2019) reconoce que el vaciamiento democrático del neoliberalismo ha generado un terreno fértil para la emergencia de movimientos antiliberales, como los populismos de derecha. Como consecuencia, esto sugiere que la pulsión política no desaparece, sino que puede canalizarse de manera preocupante cuando la izquierda o los proyectos emancipadores no logran articular el descontento. En este sentido,

la reconstrucción de lo político se revela como una tarea urgente, tanto para rescatar la democracia como para evitar que el malestar social sea capitalizado por proyectos autoritarios que explotan el desencanto con la pospolítica neoliberal.

Un punto de convergencia entre varios autores (Han, Brown, Dardot y Laval, Gorz) es la crítica a la responsabilización individual extrema. Esta crítica encuentra eco en enfoques psicológicos y sociológicos actuales que denuncian la cultura del “autoayuda” o la meritocracia tóxica, en la que se ignoran los condicionantes estructurales de los problemas sociales. En la discusión académica, algunos advierten que dicha crítica podría malinterpretarse como una negación de la responsabilidad personal en términos éticos. No obstante, el objetivo no es ese, sino equilibrar la balanza: reconocer que los problemas colectivos requieren soluciones colectivas y que culpabilizar al individuo por problemáticas sistémicas constituye una forma de ideología (o “falsa conciencia”, en términos marxistas).

De conformidad con lo expuesto, el presente estudio reafirma que la dimensión política implica necesariamente lo colectivo: recuperar la idea de que juntos es posible alcanzar objetivos que resultan inalcanzables de forma individual, y que existen conflictos de naturaleza pública, no meramente privada. En este marco, propuestas como la reactivación de lo común, la reducción de las jornadas laborales o el fortalecimiento de las redes de protección social apuntan a restituir esa dimensión colectiva a vidas fragmentadas por la competencia.

En relación con la tecnología digital, la discusión se mantiene abierta. Zuboff ofrece una visión normativa clara: el estado actual, marcado por la vigilancia masiva y la manipulación algorítmica, constituye una amenaza grave a la autonomía, por lo que debe reformarse mediante regulación y acción política. Otros enfoques destacan, sin embargo, el potencial emancipador de estas tecnologías: las mismas redes que vigilan también comunican, lo que facilita las movilizaciones globales entre los sectores oprimidos. Por lo tanto, este análisis reconoce dicha doble potencialidad, pero advierte que, en su configuración actual, las relaciones de poder digital favorecen los mecanismos de control. En consonancia con Han, se sostiene que el discurso de la transparencia y la hiperconectividad ha eliminado la negatividad indispensable para la reflexión pausada y el disenso. Un aspecto que merece mayor desarrollo es la posibilidad de construir contrapoderes en el espacio virtual: movimientos como el del software libre, el uso extendido del cifrado de extremo a extremo o las comunidades hacktivistas son manifestaciones de un incipiente espacio político digital. Por limitaciones de espacio, no se abordaron estos casos con profundidad, pero constituyen evidencia de que, incluso en entornos digitales dominados por corporaciones, existen fisuras aprovechables por sujetos politizados.

Un hallazgo transversal de esta investigación es la centralidad de la psicología y las emociones en la política contemporánea. La psicopolítica actúa sobre el inconsciente, los afectos y la necesidad de reconocimiento. Este componente había sido subestimado por las teorías políticas clásicas, que tendieron a privilegiar lo racional o lo material. Autores como Žižek

(2019) y Laclau (2005) han destacado el papel de las pasiones en la construcción de voluntades políticas. El neoliberalismo comprendió esa dimensión y supo movilizar la aspiración a la libertad individual y la prosperidad como motores afectivos.

Por lo tanto, la resistencia también debe conquistar el plano emocional: reconstruir lo político exige generar nuevas identificaciones, nuevos deseos colectivos de igualdad, justicia y comunidad. Movimientos como el feminismo o el ecologismo han logrado forjar identidades políticas fuertes (mujeres, pueblos originarios, ciudadanos ecológicos) que impulsan transformaciones estructurales. En la lucha contra la psicopolítica, será clave cultivar una ética del cuidado mutuo y la solidaridad, en contraposición a la ética neoliberal del rendimiento.

En este sentido, no basta con denunciar intelectualmente la autoexplotación; es necesario reivindicar valores alternativos, como la cooperación, empatía, lentitud, disfrute no productivo, y hacerlos atractivos y practicables. De tal modo, esta reivindicación ética se conecta con la filosofía de la alteridad de Lévinas (1977), quien ubicó la responsabilidad por el Otro en el centro de toda vida ética, recordando que es en la apertura al prójimo donde se funda la humanidad compartida.

Por último, debe reconocerse que muchas de las tendencias aquí descritas no son homogéneas a escala global. El enfoque adoptado se centró en sociedades occidentales u occidentalizadas, como Europa y Norteamérica, donde el neoliberalismo digital ha alcanzado una mayor consolidación. En otras regiones, las dinámicas políticas pueden articularse

mediante combinaciones distintas de coerción tradicional y manipulación psicopolítica. No obstante, la globalización tiende a exportar dicho modelo a múltiples contextos. Por tanto, si bien las conclusiones tienen una aplicabilidad amplia, será necesario matizarlas según las especificidades locales. La reconstrucción de lo político probablemente adopte formas diversas en Asia, África o América Latina, adaptándose a las tradiciones comunitarias y desafíos particulares de cada región.

En América Latina, por ejemplo, filósofos de la liberación como Dussel (2006) han destacado la politicidad de las comunidades oprimidas y proponen un giro decolonial que recupere la voz del Otro silenciado por la modernidad. Este planteamiento converge con los movimientos indígenas que ofrecen cosmovisiones contrahegemónicas frente al neoliberalismo. En cualquier caso, resulta evidente que reactivar lo político demandará creatividad y una pluralidad de enfoques, así como la capacidad de capitalizar las particularidades culturales de cada sociedad.

En síntesis, este análisis sugiere que el paradigma psico-político descrito es poderoso, pero no monolítico. De tal modo, existen contradicciones internas (la creciente insatisfacción subjetiva, las crisis económicas cíclicas, los desastres ecológicos) que pueden galvanizar reacciones políticas. Aunado a lo anterior, subsisten reservas de agencia en la sociedad: valores democráticos residuales, memorias de luchas pasadas y nuevas generaciones portadoras de sensibilidades distintas. Reconocer el problema, esto es, nombrar la psicopolítica y sus efectos, constituye ya un paso hacia su confrontación, en tanto rompe el hechizo de la naturalización, es decir, esa sensación de que “siempre fue y será así”.

En última instancia, lo político representa una dimensión inerradicable de la condición humana: puede ser sofocada temporalmente, pero no eliminada por completo. De allí que, a pesar del panorama sombrío que por momentos parece delinear Han, existan fundamentos para pensar que la historia no ha concluido ni la dominación neoliberal resulta invencible. La tarea, entonces, es nutrir activamente las condiciones para un renacimiento de lo político, apelando tanto a la razón crítica como a la imaginación utópica.

VI. CONCLUSIONES

La contemporaneidad neoliberal se caracteriza, como se ha analizado, por una transformación profunda de lo político que pone en entredicho los supuestos clásicos de la vida democrática. En lugar de ciudadanos deliberando en un ágora pública sobre asuntos comunes, se impone la figura de individuos atomizados que se conciben a sí mismos como empresas, entregados a la búsqueda incansable de rendimiento y éxito personal. Bajo el paradigma de la psicopolítica, el poder se ejerce más por medio de la influencia psicológica y la configuración de subjetividades que mediante la imposición coercitiva directa. El resultado ha sido un proceso de despolitización insidioso: se disuelven las identidades colectivas y se erosiona la imaginación de alternativas, mientras el conflicto –motor del cambio en las teorías políticas clásicas– es desplazado por la competencia y la autoexigencia individual.

Por su parte, Han (2014a) proporcionó un vocabulario y una metáfora potentes para describir esta realidad: “cada uno lleva su propio campo de

trabajos forzados consigo” (p. 18); es decir, el ser humano se ha convertido simultáneamente en amos y esclavos de nosotros mismos, en un régimen de explotación que no conoce límites porque se realiza en nombre de la libertad. Esta cruel paradoja define la condición neoliberal: la promesa de autonomía degenera en nuevas servidumbres voluntarias. Asimismo, la era digital ha extendido estos mecanismos a todas las horas del día y a todos los rincones de nuestra atención, estableciendo una infraestructura de vigilancia y manipulación sin precedentes

Sin embargo, lejos de proclamar el triunfo definitivo de esta lógica, el presente trabajo ha enfatizado la necesidad y la posibilidad de repolitizar las sociedades. Reconstruir lo político pasa por rescatar la capacidad de decir no –de resistir las demandas injustas del mercado y de la vigilancia– y por regenerar espacios de acción común donde ese “no” individual pueda transfigurarse en un “nosotros queremos otra cosa”. Implica reivindicar el derecho al conflicto legítimo frente a las estructuras opresivas: el derecho a la huelga en el trabajo, el derecho a la protesta en las calles, el derecho a la diferencia y a la disidencia en un mundo que insta a ser clones productivos y transparentes. Supone, además, recuperar la dimensión comunitaria de la existencia: comprender que la realización humana no se agota en la autooptimización narcisista, sino que florece en la cooperación, en la amistad sin utilitarismo, en la participación solidaria en proyectos que trascienden la individualidad.

En última instancia, lo político en la contemporaneidad solo revivirá si se reinstaura la dignidad del ser colectivo del ser humano. Somos seres interdependientes, no meros homo oeconomicus aislados. La reciente

pandemia recordó, de forma dramática, nuestra interconexión y la importancia de bienes públicos como la salud. Es de esperar que lecciones como esa impulsen un giro cultural y político. Como señalaba Gorz (1991), se debe “cambiar de utopía”: abandonar la utopía vacía del individualismo competitivo y abrazar nuevas utopías de cooperación solidaria y sustentable.

En conclusión, la psicopolítica neoliberal representa un desafío inédito para lo político, pero no su sentencia de muerte. Identificar sus engranajes –la autoexplotación, la vigilancia digital, la culpabilización individual– permite también vislumbrar las palancas para frenarlos. Recuperar los lazos sociales, reconstruir las instituciones comunes y reafirmar el poder de la negación y la creación colectiva son caminos complementarios hacia la repolitización. La contienda está abierta: así como el siglo XX fue escenario de luchas contra formas visibles de opresión (colonialismo, fascismo, segregación), el siglo XXI habrá de librar la lucha contra una opresión invisible que anida en cada ser humano. Y en esa empresa de liberación, paradójicamente, se debe que dejar de ser empresas para volver a ser comunidades de ciudadanos. Por lo tanto, solo reactivando la esencia conflictiva, solidaria y creativa de lo político es posible subvertir la silenciosa tiranía de la psicopolítica y avanzar hacia una sociedad más libre, más justa y humana.

REFERENCIAS

Álvarez, I. (2024). «Democracia constitucional y capitalismo de vigilancia». *Revista Internacional de Derechos Humanos*, 14(1), 165-207. <https://doi.org/10.26422/ridh.2024.1401.alv>

- Arendt, H. (1997). *La condición humana*. Paidós. (Obra original publicada en 1958).
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso. (Título original: *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*, 2015).
- Brown, W. (2019). *En las ruinas del neoliberalismo: El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Lenguas de Trapo.
- Camus, A. (2017). *El hombre rebelde*. Alianza. (Obra original publicada en 1951).
- Colina, C. (2024). «Panóptico digital y sociedad psicopolítica de la vigilancia». *Comunicación: estudios venezolanos de comunicación*, 205, 127-132. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9449278>
- Dardot, P., & Laval, C. (2013). *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Gedisa.
- Dardot, P., & Laval, C. (2017). *Común: Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Gedisa.
- Deleuze, G. (1990). Post-scriptum sobre las sociedades de control. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 5(13). <https://www.redalyc.org/pdf/305/30551320.pdf>
- Dussel, E. (2006). *20 tesis de política*. Siglo XXI.
- Fernández, A. (2022). «Las sociedades del cansancio: definiciones, experiencias y reflexiones durante la pandemia». *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, 29(85), 121-148. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-05652022000300121&script=sci_abstract
- Fisher, M. (2014). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Caja Negra.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad, Vol. I: La voluntad de saber*. Siglo XXI.

Santiago Andrés Ullauri Betancourt, Anthony Medina Rivas Plata & Andrea Vanessa Cáceres Silva

- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978-1979)*. FCE.
- Gorz, A. (1991). *Metamorfosis del trabajo: Búsqueda de sentido. Crítica de la razón económica*. Ediciones Sistema.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han, B.-C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Herder.
- Han, B.-C. (2014a). *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder.
- Han, B.-C. (2014b). *En el enjambre*. Herder.
- Han, B.-C. (2015). *En el enjambre* (edición electrónica Kindle, traducción de R. Belenguer). Herder.
- Han, B.-C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder.
- Han, B.-C. (2022). *Infocracia: La digitalización y la crisis de la democracia*. Barcelona: Herder.
- Harcourt, B. (2015). *Exposed: Desire and Disobedience in the Digital Age*. University Press.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal.
- Jameson, F. (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Lavié, C. M. (2017). Un discurso de la autoexplotación voluntaria. Notas para una crítica de la psicopolítica de Byung-Chul Han. *Cuadernos del Sur – Filosofía*, 46(2), 180-196.
- Lévinas, E. (1977). *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad*. Sígueme.

- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama.
- Martínez, S., & Maca, D. (2023). «Empresarios de sí y subjetividades neoliberales en una ciudad colombiana». *Revista Mexicana de Sociología*, 85(2), 309-340. <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2023.2.60561>
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. FCE.
- Presta, S. (2021). «Neoliberalismo y construcción del sujeto emprendedor: Consideraciones sobre el “futuro del trabajo”». *Argumentos*, 23, 1-18. <http://hdl.handle.net/11336/165523>
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo: Política y filosofía*. Nueva Visión.
- Schmitt, C. (1991). *El concepto de lo político*. Alianza.
- Sepúlveda, J. (2021). Teletrabajo y fatiga pandémica: efectos psicosociales de la hiperconexión. *Revista Grito*, 12(1), 45-59.
- Sloterdijk, P. (2003). *Crítica de la razón cínica*. Siruela. (Obra original publicada en 1983).
- Žižek, S. (2019). *Como un ladrón en pleno día: El poder en la era de la poshumanidad*. Anagrama.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia: La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Paidós. (Título original: *The Age of Surveillance Capitalism*, 2019).